

# NATURA

REVISTA QUINCENAL  
DE  
CIENCIA, SOCIOLOGÍA  
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Clemencia Jacquet

## Fenómeno evolutivo

No será por demás volver sobre el estudio de la evolución en la naturaleza. Examinando las especies desaparecidas y las que les han sucedido, se halla la clave de la mayor parte de los problemas actuales.

En efecto: ¿por qué desaparece una forma dada? Senoillamente, desaparece porque habiendo cambiado el medio exterior, esta forma no se halla ya en equilibrio con él, no halla en él sus condiciones de vida, y, por consiguiente, tiene que dejar de existir ó transformarse. La muerte ó la adaptación, no hay otra alternativa posible.

Ahora bien, la muerte, ó mejor dicho, la desaparición, sobreviene en una especie cuando ésta se ha especializado de tal modo en un medio vital determinado, que es incapaz ya de modificarse al mismo tiempo que cambian las condiciones exteriores de su existencia, cuando ha fijado su tipo de un modo inadaptable.

Así ha ocurrido á todos los seres cuyos restos fósiles hemos hallado; es lo que ocurre aún en nuestros días con ciertos animales, por ejemplo, los grandes carniceros, que viviendo únicamente de la caza se hacen más raros á medida que los territorios que habitan quedan invadidos por el cultivo, y se construyen en ellos carreteras y ferrocarriles, etc.

En Egipto, los cocodrilos han desapa-

recido de toda la parte navegable del Nilo; los últimos representantes de estos reptiles se han refugiado en las fuentes del río y pronto dejarán de existir cediendo el paso á la invasión del hombre moderno.

Del propio modo la girafa de los bosques africanos se vuelve más rara cada día; la cebra y el hemione siguen igual regresión.

El avestruz salvaje casi ha desaparecido; únicamente con la domesticación se ha podido conservarlo.

Lo mismo pasa con el caballo, cuyas formas son completamente arcaicas y que habría dejado de existir hace tiempo si el hombre no hubiese intervenido en su educación.

Hasta el hombre ha cambiado considerablemente en el curso de los siglos, y si aún subsiste es gracias á la facultad de adaptación que ha podido conservar.

Pero si sobrevive como hombre, modificándose continuamente, no por esto deja de pagar su tributo á la evolución natural por medio de la desaparición de ciertos tipos que han dejado de estar en armonía con las condiciones de equilibrio general de la vida.

No es necesario remontarse hasta el hombre de las cavernas para reconocer los tipos extinguidos; limitándonos al período llamado histórico se observa que



los tipos de las antiguas sociedades, Egipcios, Griegos, Romanos, los hombres de la Edad Media, etc., no podrían hallar sitio entre nosotros. Sería muy interesante hacer la confrontación de estas diferentes figuras con la nuestra, pero esta confrontación me haría perder de vista las conclusiones que me propongo hacer.

Actualmente presenciemos también la desaparición de tipos; desaparición de uno, evolución de otro.

A consecuencia de los progresos mecánicos efectuados durante un siglo y que continúan efectuándose todos los días, es evidente que el tipo obrero, tal como se entiende aún, el hombre-máquina trabajando bajo el impulso de otro, á menudo sin comprender su trabajo, está absolutamente condenado: la mecánica ha hallado aplicaciones que le inutilizan; se halla, por tanto, en la estricta alternativa de transformarse, de evolucionar, ó de morir. El papel de peón se ha vuelto casi inútil en nuestra época y lo será aún más en lo sucesivo.

Pero si el obrero, considerado como simple instrumento de trabajo, no tiene ya razón de ser en la naturaleza, no ocurre lo mismo considerado como hombre; el hombre es adaptable, evolucionando siempre, siempre viviendo y teniendo que vivir.

Es necesario, pues, ya que el medio ha cambiado, ya que las condiciones de existencia no son las mismas, que se adapte también la sociedad entera á estas

transformaciones. El obrero comprende el tipo más extendido, la mayoría de los hombres; es improbable que estos hombres mueran al mismo tiempo que el tipo, y, naturalmente, sin sacudidas y sin esfuerzos, por la sola ley de la evolución, debería efectuarse este cambio, esta adaptación en masa de la sociedad.

Sin embargo, hay obstáculos que se han ido creando y que pretenden detener la marcha lógica de los sucesos. No es solamente para el tipo obrero que pasó su tiempo; hay otro que se ha fijado en una forma definitiva, cuyo organismo es refractario á las transformaciones que se imponen, y que, por consiguiente, está condenado á desaparecer: este es el tipo burgués, el tipo acaparador que, en minoría, contempla fríamente las consecuencias de la miseria que ha causado y que, no obstante, pretende conservar para sí solo el terreno.

Los burgueses se han vuelto inconscientes hasta del propio peligro que corren; no pueden concebir otro estado social que el que fundaron, y con sus ciegas prevenciones, con su negativa á asociarse para la obra común de evolución social, oponen la muralla de inteligencia y de su testarudez á todas las tentativas que se hacen con objeto de restablecer un equilibrio que amenaza romperse.

El tipo burgués es inadaptable, y por esto los burgueses se condenan ellos mismos á desaparecer.

---

**Anatole France**

## La Guerra

Nada prueba que nuestra especie esté destinada á matarse, hasta el fin ó que la guerra tenga que durar tanto como la humanidad. Al contrario, si consideramos el pasado, todo hace creer que la guerra no es una de las condiciones esenciales de la vida social.

Aunque las primeras épocas de la raza humana se pierdan para nosotros en una oscuridad impenetrable, es de todos modos ciertísimo que los hombres no fueron siempre belicosos. No lo fueron durante aquellas largas edades de la vida pastoril cuyo recuerdo subsiste



solamente por un pequeño número de palabras comunes á todas las lenguas indo-europeas y que revelan costumbres inocentes. Y motivos tenemos para creer que aquellos siglos de pastores fueron de mayor duración que las épocas agrícolas, industriales y comerciales que, aportadas luego por un progreso necesario, determinaron entre las tribus y las poblaciones un estado de guerra poco menos que constante.

Fué por medio de las armas que casi siempre el hombre procuró adquirir los bienes: esclavos, mujeres, ganados, metales, tejidos, cereales. Al principio las guerras se hacían de lugar á lugar. Después los vencidos se unieron á los vencedores y las guerras se hicieron de pueblo á pueblo. Para conservar las riquezas adquiridas ó para procurarse otras nuevas, cada uno de estos pueblos disputaba á los pueblos vecinos los sitios más á propósito desde los cuales podía dominar los caminos; los desfiladeros de las montañas, el curso de los ríos y los mares. Por último, los pueblos formaron confederaciones y contrataron alianzas. De este modo los grupos de hombres, cada vez más vastos, en lugar de disputarse los bienes de la tierra, establecieron su cambio regular. La comunidad de los sentimientos y de los intereses se ensanchó. Roma pudo creer por un momento que la había extendido sobre todo el mundo.

Augusto creyó haber abierto la era de la paz universal. Equivocóse por desconocimiento de la verdadera figura y de las justas dimensiones de la tierra. Creyóse que el *orbis romanus* se extendía sobre todo el globo, que el mundo habitable terminaba en las orillas heladas ó tórridas, en los ríos, en las montañas, en los arenales conquistados por las águilas romanas. Se imaginaba que los Germanos y los Persas se agitaban sobre los confines aislados del universo. Es sabido cuanto estas ilusiones, co-

munes á todos los Latinos, fueron, de generación en generación, cruelmente disipadas y que oleadas de bárbaros inundaron y sumergieron la paz romana.

Establecidos estos bárbaros en Europa sedegollaron mutuamente durante quince siglos sobre sus ruinas y fundaron en aquella matanza patrias sangrientas. Así fué la vida de los pueblos medievales. Entonces el estado de guerra era el único posible y hasta concebible. Todas las fuerzas de las sociedades estaban organizadas para sostenerla.

Si el despertar del pensamiento en la época del Renacimiento permitió á algunos raros espíritus imaginar relaciones mejor reguladas entre los pueblos, en cambio al mismo tiempo el afán de inventar y la sed de conocer suministraron al instinto guerrero nuevos alimentos. El descubrimiento de las Indias Occidentales, las exploraciones del África, la navegación por el Océano Pacífico, abrieron inmensos territorios á la avaricia de los Europeos. Los hombres blancos se disputaron el exterminio de las razas roja, amarilla y negra y se encarnizaron, durante cuatro siglos, en el pillaje de tres grandes partes del mundo. Durante esta sucesión ininterrumpida de rapiñas y violencias, aprendieron á conocer la extensión y la configuración de la tierra. A medida que avanzaban en este conocimiento iban extendiendo sus destrucciones. Aun hoy los blancos no se comunican con los amarillos sino para esclavizarles ó destruirles. Los pueblos que despreciamos por su barbarie no nos conocen sino por nuestros crímenes. De todos modos, estas navegaciones, estas exploraciones, emprendidas con un espíritu de feroz avaricia, estas vías terrestres y marítimas abiertas á los conquistadores, á los aventureros, á los cazadores de hombres y á los mercaderes de hombres, estas colonizaciones exterminadoras, este movimiento brutal que empujó y



empuja aún á una mitad de la humanidad á destruir la otra mitad, son las condiciones fatales de un nuevo progreso de la civilización y los medios, terribles acaso, que habrán preparado, para un porvenir indeterminado aún, la paz del mundo. Actualmente es la entera tierra que se halla empujada hacia un estado comparable, á pesar de enormes desemejanzas, al estado del imperio romano bajo el reinado de Augusto. La paz romana fué la obra de la conquista. La paz universal no se realizará, seguramente, por los mismos medios. No hay ningún imperio que pueda pretender hoy la hegemonía de las tierras y de los océanos que cubren el globo al fin conocido y medido. Pero por menos aparentes que sean los lazos del dominio político y militar que comienzan á unir la humanidad entera y no ya una parte de la humanidad, no dejan de ser reales. Son más flexibles al mismo tiempo que más sólidos; son más íntimos é infinitamente variados pues que se aplican, á través de las ficciones de la vida pública, á las realidades de la vida social. La multiplicidad creciente de las comunicaciones y de los cambios, la forzada solidaridad de los mercados financieros y de los mercados comerciales del universo, la creciente rapidez del socialismo internacional, parece que aseguran para más ó menos tarde la unión de los pueblos de todos los continentes.

Si presentemente el espíritu imperialista de los grandes Estados y las soberbias ambiciones de las naciones armadas parecen desmentir estas previsiones y condenar estas esperanzas, no deja uno de ver que en realidad el nacionalismo moderno no es más que una aspiración confusa hacia una unión cada vez más vasta de las inteligencias y de las voluntades, y que el sueño de una Inglaterra más grande, de una Alemania más grande, de una América más grande, conduce, hágase lo que se

quiera, al sueño de una humanidad más grande y hacia la asociación de los pueblos y de las razas para la explotación en común de las riquezas de la tierra. Se producirán, sin duda, otras guerras, y los instintos feroces unidos á las ambiciones naturales que han trastornado el mundo durante tantos siglos, lo trastornarán aún. Hasta el presente las inmensas masas humanas que tienden á formarse no han hallado su asiento y su equilibrio; la penetración recíproca de los pueblos no es bastante metódica para asegurar el bienestar común por medio de la libertad y la facilidad de los cambios; el hombre no respeta aún bastante al hombre en todas partes; todas las porciones de la humanidad no están aún bastante cerca de asociarse para formar las células y los órganos de un mismo cuerpo. Acaso no les sea dable ni á los más jóvenes de entre nosotros ver cerrada la era de las armas; pero estos tiempos mejores que no conoceremos, los presentimos. En esta curva prolongada que para el porvenir comienza, podemos ya entrever el establecimiento de comunicaciones más frecuentes y más perfectas entre todas las razas y todos los pueblos, un sentimiento más general y más vivo de la solidaridad humana, una organización metódica del trabajo universal, y la fundación de los Estados-Unidos del Mundo.

Creemos que la paz general será posible un día, no porque los hombres se hayan vuelto mejores (sería quimérico esperarlos), sino porque un nuevo orden de cosas, una ciencia nueva y necesidades económicas nuevas les impondrán el estado pacífico, como antes las mismas condiciones de su existencia los colocaban y mantenían en el estado de guerra. Esta esperanza, que la razón nos permite tener, satisface nuestros sentimientos de humanidad y de fraternidad.

*L'Humanité*, París, Abril 1904.



## Hacia la Individualización

Sujetas todas las partes integrantes del Universo á la eterna ley de la evolución, es indudable que los ideales de la humanidad, como á corolario de esta ley, han evolucionado y evolucionarán constantemente. La vida individual, en lucha eterna para su mantenimiento y expansión con todo lo que afecta á su constitución orgánica, empuja á la especie humana, en cada momento, en cada segundo de su existencia, á una multitud de momentáneos cambios, de innumerables transformaciones, cuyos actos lejos de perderse en el vacío, se solidifican incesantemente, dando lugar á la fecundidad de la evolución, al sentido ascendente de la marcha eterna de la Vida.

Y en el transcurso de la vida de las humanidades, al igual que estas mismas, todo nace para morir y dejar paso á otras nuevas manifestaciones, tanto en el orden físico como en el moral y en el intelectual. Afirmación integrante de esta ley es la evolución continua de los grandes ideales, que fecundando la vida de los hombres hanles inducido sin descanso á un afanoso levantar y enderrocarse, edificar y destruir.

Si fijamos nuestra atención en el vasto é importantísimo campo de la filosofía, fuente de toda moral, y hacemos una concisa observación histórica, vemos el paso acelerado de los *ideales en común* tender hacia su desaparición, para dejar paso poco á poco á un principio de individualización, á un nacimiento consciente y hermoso del sér humano, reconcentrándose en sí mismo para brotar espléndidamente. El espíritu del hombre cada día más intensamente afirma su personalidad y ora calentando en sus profundidades las verdades lanzadas al mundo, ora rechazando todo concepto extraño á su modo de apreciar, se mues-

tra en el ambiente de la Vida, único é individual, pasa de cantidad á calidad.

Nuestra conciencia caldeada al rojo por la influencia de la Verdad, ya casi ni recuerdos guarda de los estériles tiempos en que las religiones *formulaban* nuestros actos, sacudían nuestro mohoso organismo, movían nuestro «yo» *insustancial*, en el árido paso por la existencia; su círculo de acción, como Código moral, es muy pequeño en nuestros días, obra con muy poco efecto en nuestra voluntad, fecundada y enardecida por el conocimiento de verdades tan grandes como profundas y la antigua vida de inconsciencia y vegetación, desaparecida poco á poco, ha cedido paulatinamente su campo de acción á un principio de «vida activa», de constante lucha por el acrecentamiento individual.

Pero al Código moral religioso ha sucedido el Código de los ideales ya en un principio de agonía y próximo á desaparecer.

Como si dijéramos *metafísicamente*, el imperativo de la Ideocracia ha hecho presa de nosotros en sus redes *igualitarias*, y como á tiránico dios, como á concepto extraño á nosotros, nos ha trazado su estático «plan de vida», levantando los grandes ídolos, fin de nuestros actos, y anteponiéndolos en absoluto á todo principio vital de desenvolvimiento necesario.

Prendidos en la sutil red de las ideas, nuestros actos todos, hemos tenido que ajustarlos á la tiránica presión de sus estatuidos preceptos, rectos é infecundos, y estérilmente se han pronunciado por todas partes los *conceptos legalizados* de Solidaridad, Amor, Progreso, Sacrificio. Pero se han posado éstos en las profundidades de nuestra conciencia, es decir, hanse considerado como conse-



cuencia lógica de nuestra expansividad? Petrificados, al contrario, en la superficie de nuestros cerebros, han pesado represivamente sobre nuestras «necesidades», encaminando nuestros actos, torciendo las aspiraciones de nuestro espíritu en pugna por manifestarse libremente. Y como toda codificación de la

moral, como toda *fórmula* atentatoria al desarrollo individual é independiente, á la Ideocracia le decreta su muerte el triunfo constante y siempre creciente de la Vida, que desborda á torrentadas su energía por todas partes.

Vivir, vivir, he aquí el principio de toda Individualización, de toda Libertad.

**E. de Roberty**

## Los selectos y el vulgo

Mares de tinta se han gastado á propósito de este punto de la sociología moderna que consiste en preguntar si el individuo social, si la personalidad humana desempeña, si ó no, un papel en la evolución histórica. De ambas partes no han podido nunca comprenderse. La palma de la victoria, sin embargo, parece que corresponde de derecho á los partidarios de la afirmativa que no cesaron de batirse contra verdaderos molinos de vientos. No se apercibieron de que sus adversarios la emprendían, sobre todo, contra la acción social de la personalidad omnipotente, del individuo ricamente dotado, como se creía antes, de libre arbitrio. Por el contrario, los partidarios de la negativa perdían de vista de buena gana los rasgos comunes que asimilan el fenómeno social, la acción simultánea de varios individuos, al fenómeno mecánico de la composición de varias fuerzas obrando sobre el mismo punto con direcciones diferentes ó parecidas.

El proceso histórico se puede considerar como una evolución *impersonal*, no en el sentido absurdo de la palabra «impersonal» que elimina, que arroja de la historia al individuo, la persona, sino en esta otra significación muy precisa, á saber: que *todas* las personas que forman el grupo social (una patria, por ejemplo), toman directamente parte en el proceso evolutivo, y, por añadidura, *todas* las personas que entran en la composición de *todos* los grupos sociales (por

ejemplo, las demás patrias) en contacto con el primero. Del mismo modo todos los elementos biológicos toman parte en el proceso vital. En los dos casos la participación es universal y constante, pero también en los dos casos sus grados son diversos y variables.

Tomada al pie de la letra la teoría que eleva á las nubes la acción de la reducida falange de «héroes», para así expresarnos con el lenguaje de Carlyle, nos parece completamente falsa. Como todos los juicios excesivos, corrompe y deforma la parcela de verdad que le sirve de punto de partida. Desnaturaliza la evolución que en ella busca explicar. Acogida favorablemente por los espíritus raros cuyo legítimo orgullo halagaba, conquistó fácilmente la celebridad. Podemos ver distintamente las huellas de su influencia en la religión de la humanidad y el culto de los grandes hombres instituido por Comte; en el culto de los héroes preconizado por Carlyle y Emerson; en las concepciones y las ideas de Fichte, de Feuerbach, de Max Stirner; en el desprecio de los vulgos enseñado por Flaubert, Renan y muchos otros; en las modernas teorías sobre la «élite» social; en las soberbias divagaciones de Nietzsche sobre el «superhombre», etc. (1).

El papel social desempeñado por la

(1) Estas mismas acogida y celebridad de la teoría «heróica» no habría debido hacerla sospechosa á los ojos de sus propios adeptos?



*élite* (la minoría selecta) debe parecer-nos, al primer vistazo, preponderante. Si lo es en efecto y hasta qué punto, es lo que una sociología futura y mejor documentada que la nuestra nos enseñará sin duda algún día. De todos modos, seguramente que este papel desempeñado por la *élite* no excluye la participación directa en el proceso histórico, ya, sea de la no-*élite*, el enorme *pecus squamosum* que de buen grado se deja trasquilar por el grupo creciente de las hábiles mediocridades, ó sea de la que se podría llamar *élite* invertida, la *élite* del crimen cuyas filas se abren con sorprendente facilidad á todas las categorías de conductores de pueblos y de multitudes. La política, decía ya Montesquieu, posee, como la mecánica, sus roces que cambian ó detienen los efectos previstos. Ahora bien ¿qué es el roce ó la resistencia, sino una dirección mecánica contraria que siempre logra tallarse una buena parte en el resultado final? (1).

Los partidarios de la teoría «heroica» se confunden, bajo muchos puntos, con la escuela de los sociólogos-subjetivistas, de la que, en realidad, forman una especie de vanguardia. En otra parte ya hemos dicho lo que pensamos del método seguido por esta escuela. Candidamente se vanaglorian los subjetivistas de haber depurado ó perfeccionado la doctrina que recibieron de manos de su maestro, creyendo haber corregido un grave error del positivismo inicial. Vanagloriarse de habernos abierto los ojos respecto

(1) La parte del león, como dicen, quejándose, los promotores tanto de los progresos morales y de los grandes descubrimientos sociales, como los de los progresos mecánicos y de los grandes descubrimientos industriales.

Un escritor que se distinguió por su valentía y su franqueza en las polémicas sobre el lamentable asunto Dreyfus, dijo muy sensatamente á este propósito: «Bueno es que una causa tenga á su favor la *élite* intelectual, pero de todos modos no será nunca ella la que decida la victoria. La victoria la decide esta pobre muchacha campesina que ayer me escribió diciendo que había encendido un cirio por la suerte del desgraciado capitán.»

una importante verdad hasta entonces ignorada, consistente en que los esfuerzos individuales entran en primera línea en la suma completa de los resultados sociales. Algunos llevan la ironía más lejos: «¿Creéis, nos dicen, que la intervención del individuo no es un proceso natural sometido á leyes por lo menos tan invariables como las que gobiernan la acción de las masas, la influencia de los ambientes, etc.?» Esta actitud suya es significativa. Únicamente una preparación filosófica y sociológica insuficiente puede explicar semejantes ataques contra un adversario que no existe, una lucha tan calurosa en honor de un puro equivoco.

Los sociólogos-subjetivistas carecen, por lo demás, de originalidad. No les dirijo un reproche, hago observar simplemente un hecho. En su *Política*, obra que separó de él sus mejores y más fieles discípulos, Comte inauguró ya el método que los neo-subjetivistas reivindicaban como su aporte propio á la historia de las ideas sociales. En esta obra recomienda edificar y construye un «ideal de vida colectiva.» Es altamente práctico, francamente utilitario. Pone al mundo este aborto: una tecnología social precediendo la teoría de las sociedades. Me explico y comprendo á los socialistas y á los anarquistas que hacen política activa, que trazan programas, que construyen planes de felicidad. Poseen todas mis simpatías. Hacen su deber, nuestro deber. No podemos cruzarnos de brazos ante la injusticia triunfante, no podemos dejarnos explotar estúpidamente por los brutos ignorantes que nos gobiernan. Los socialistas y los anarquistas son, bajo este punto de vista, preciosos auxiliares del sabio cuya esperanza reaniman, cuyo valor científico exaltan. Pero niego mi completa estima al sociólogo que pone por encima del cuidado de la pura verdad una ambición, una sed cualquiera, aunque sea la de la felicidad inmediata y



más general. Semejantes sofismas sujetan la filosofía al carro del embuste. No les permitamos que profanen las nítidas aguas del saber exacto.

Los subjetivistas manifiestan un completo desconocimiento del verdadero espíritu científico. En lugar de cegar el abismo que separa la sociología del resto de las ciencias, parece que tienen empeño en ensancharlo aún más. A este fin se desposan con los más tontos prejuicios del vulgo. ¿Acaso no han querido persuadirnos, entre otras cosas, de que la libertad de conciencia, la facultad de poseer una opinión personal, no podía existir, en rigor, sino dentro de la esfera de las investigaciones sociológicas, ó que una libertad semejante era un puro contrasentido en las matemáticas (donde dos y dos hacen forzosamente cuatro), en la física, en la química, en el entero dominio del saber positivo? Según nuestro modo de ver, el verdadero absurdo consistiría en conceder el menor valor á esta distinción futil que descansa sobre una evidente confusión de ideas y de términos. En física, en química, en biología, la consciencia del sabio goza en nuestros días de una libertad sin límites; pero este mismo carácter explica precisamente porque no nos apercibimos de esta libertad, como no nos damos cuenta del aire que respiramos. En las cuestiones sociales (y sobre todo en las cuestiones religiosas que antes procedían enteramente de los problemas morales), la libertad de conciencia, es decir, en suma, el poder de escoger entre una ú otra hipótesis explicativa, va á chocar, al contrario, contra toda clase de prevenciones y de ideas recibidas ó corrientes, y estos repetidos choques contribuyen sin cesar al despertar de nuestra amodorrada consciencia (1).

(1) Sin quererlo Augusto Comte hizo el juego de los peores revolucionarios cuando fulminó contra lo que el llamaba «la anarquía mental», cuando estigmatizó, como una cosa profundamente irracional, la libertad absoluta de consciencia y de opinión en materia

La teoría de los grandes hombres, tan cara á la escuela subjetiva, ha hallado recientemente en Tarde un campeón menos banal que la mayor parte de sus habituales defensores. Los argumentos de este sociólogo tienen realmente valor, tienen consistencia y uno halla placer en revolverlos contra su mismo autor. Tarde no se paga de palabras cuyo sentido le escape, va directamente á las ideas. Según él, «la evolución progresiva, que no es reversible ni parecida de una á otra civilización, se opera á consecuencia de una serie de *anomalías* individuales cuyos contrarios no desempeñan ningún papel social y no logran jamás neutralizarlas. Y cuando estas afortunadas anomalías han emitido iniciativas fecundas, la radiación imitativa de estas se extiende entre las individualidades llamadas ordinarias, es decir, que presentan caracteres menos netos, no por esto menos preciosos ni menos personales, y se conserva gracias en parte al balance simétrico de las variedades débiles encarnadas en estos individuos. Por la variación disimétrica se crean las novedades; por la oposición se conservan. El progreso se debe á la ruptura intermitente de un equilibrio conservador (1).

Esto es muy curioso. La doctrina «heroica» llega aquí hasta una precisión de vistas á la que nos tiene poco acostumbrados. Pero la controversia con ella saldrá ganando en interés. Según mi modo de ver, la tesis del progreso *por* los grandes hombres, es un truísmo cuyo verdadero alcance no ha sido nunca establecido con claridad. Esta tesis no resiste á la interpretación exclusiva que suele hacerse de ella y que concuerda muy mal con la complejidad real de los fenómenos socia-

social. Se equivocó de buena fe. No vió que esta libertad, convertida á la larga casi en ilimitada en las ciencias de la naturaleza exterior, estaba aún rodeada de mil obstáculos en las ciencias del mundo suborgánico.

(1) *La oposición universal*, pág. 327.



les. Más adelante hablaremos algo sobre este particular. Pero aun admitiendo que la *élite* sea, sino el único, por lo menos el principal *instrumento* del progreso, ¿tiene forzosamente que verse en ello también la verdadera *causa* de los cambios sociales? Este es el nudo de la cuestión, el grave error que nos permitimos reprochar á todos los adeptos de la teoría subjetiva. Confunde el concepto de «medios» (debido á la inversión finalista) con el concepto de «causa».

Esta equivocación posee una larga historia. Venerados igual que dioses los hombres poderosos, tuvieronse al principio por la causa verdadera de las mutaciones ó revoluciones históricas que, más tarde, con ó sin razón, se certificaron en la opinión común como una «marcha hacia lo mejor.» Adquiriendo este punto de partida el razonamiento teleológico se desplegó con mayor fuerza y en toda su amplitud. El progreso se transformó en un objetivo deseable y deseado, y su causa *hipotética*, la apari-

ción de los hombres providenciales, se afirmó como único medio de alcanzar aquel objetivo, como instrumento maravilloso del progreso. Este entimema finalista se arraigó en los espíritus tomando caracteres de una verdad evidéntísima. Al mismo tiempo se perdió por completo de vista el carácter incierto y problemático de la premisa que le servía de base. Se cayó en el sofisma más vulgar; la petición de principio, apoyándose en la conclusión finalista (los grandes hombres son el *instrumento* del progreso), para probar la premisa despojada de todo carácter teleológico, pero singularmente dudosa (los grandes hombres son la *causa* del progreso). Lo mismo hubieran podido cambiar el entimema y afirmar que el progreso suscita los grandes hombres. Estos hubieran sido entonces un objetivo, el progreso un medio seguro de realizarlo, y hubiera sido fácil sacar en conclusión que el progreso es el antecedente ineluctable, la causa que produce las poderosas individualidades.

(Continuará)

### Herbert Spencer

## Cada cosa en su lugar

(Conclusión)

No sólo es imposible que el artista produzca una obra verdadera sin conocer las leyes de los fenómenos que quiere representar, sino que también es menester que comprenda la impresión que causará su obra en el espíritu del espectador ó del auditorio; y esta es una cuestión psicológica. La impresión producida por una obra de arte depende evidentemente de la manera de pensar y sentir de aquellos á quienes se presenta, y como en la manera de pensar y sentir de todos hay ciertos caracteres comunes, existen también ciertos principios generales que

deben servir de regla á toda obra de arte. Esta regla sólo puede ser comprendida y aplicada cuando el artista conoce su relación con las leyes del espíritu humano. Preguntar si es buena la composición de un cuadro, es, en rigor, preguntar qué efecto producirá en la inteligencia y sentimiento de los espectadores; preguntar si el pensamiento de un drama está bien desarrollado, equivale á preguntar si las situaciones se hallan dispuestas convenientemente para fijar la atención del auditorio y no abusar de ningún género de sentimientos. Por igual manera,



en la distribución de las partes principales de un poema, en la combinación de las palabras de una simple frase, el éxito depende de la habilidad con que impresionamos la energía mental y la sensibilidad del lector. Los artistas, en el curso de su educación y de su vida, acaban por acumular en su espíritu cierto número de máximas que les guían en la ejecución de sus obras. Si os remontáis á la fuente de estas máximas, la encontraréis inevitablemente en las leyes psicológicas. Unicamente conociendo estas leyes y sus consecuencias, producirán los artistas obras en perfecta armonía con ellas.

No creemos, en verdad, que la ciencia haga artistas. Cuando decimos que éstos deben comprender las grandes leyes de los fenómenos objetivos y subjetivos, no pretendemos que con el conocimiento de estas leyes se supla la falta de percepciones naturales. Se nace artista como se nace poeta, y la educación no crea al uno ni al otro. Lo que afirmamos es que las facultades innatas no dispensan al artista de apoyarse en la ciencia organizada. La intuición es mucho, pero no lo es todo. Sólo cuando el genio se alía con la ciencia, alcanza la plenitud de su fuerza.

Como dejamos dicho, la ciencia es necesaria para producir y además, para apreciar las obras de arte. ¿Por qué el hombre adulto es más capaz que el niño de apreciar las bellezas de un cuadro? ¿No es porque conoce mejor las escenas de la naturaleza ó de la vida que el cuadro representa? ¿Por qué el *gentleman* encuentra más placer que el campesino en la lectura de un bello poema? ¿No es porque su conocimiento más extenso de las cosas y de los hombres le permite ver en él lo que el otro no ve? Ahora bien, si, como es claro en estos casos, debemos estar familiarizados en algún modo con las cosas representadas para ser capaces de gozar con su representación,

de igual manera no es posible apreciar la representación por completo si las cosas representadas no son también completamente conocidas. El hecho es, que toda verdad *adicional* expresada por una obra de arte, proporciona un goce también adicional al espíritu que la contempla; goce de que carece el que no conoce esta verdad. Cuanto mayor número de realidad expresa un artista en su obra, mayor número de facultades pone en juego, más ideas sugiere y mayor placer produce. Pero, para experimentar este placer, es forzoso al espectador, al agente, al lector, el conocimiento de las realidades que el artista indica; y conocer estas realidades, es poseer esa gran cosa: la ciencia.

Y ahora, no olvidemos otro hecho culminante, á saber: que la ciencia, además de ser la base de la escultura, de la pintura, de la música, de la poesía, es poesía por sí misma. La opinión común de que la ciencia y la poesía se repelen, procede de una ilusión. Sin duda es cierto que, como estados de conciencia, el conocimiento y la emoción se excluyen mutuamente. Sin duda es también cierto que la tensión extrema de la reflexión tiende á amortiguar los sentimientos, lo mismo que la violencia extrema de los sentimientos, tiende á oscurecer la reflexión; y en tal sentido sería exacto decir que ambas direcciones de la actividad se ejercen cada una á expensas de la otra. Pero lo que no es cierto es que los hechos científicos estén en sí mismos desprovistos de poesía, ó que la cultura científica nos incapacite para el ejercicio de la imaginación y el amor á lo bello. Por el contrario, la ciencia abre al sabio vastos horizontes de poesía allí donde el ignorante nada ve. Los hombres ocupados en investigaciones científicas nos muestran á cada momento que sienten, no sólo tan vivamente como los otros, sino aun más vivamente, la poesía de su objeto. Cualquiera que abra las obras de geolo-



gía de Hugh Liller, ó lea los *Estudios de las costas marítimas* de M. Lewis, verá que la ciencia excita el sentimiento poético en vez de extinguirlo; y los que conocen la vida de Goëthe, saben que el poeta y el sabio pueden coexistir con igual plenitud en el mismo individuo. ¿No es absurdo, sacrilego, creer que cuanto menos se estudie la naturaleza más se la reverencia? ¿Se puede pensar que una gota de agua, que para el vulgo es sólo una gota de agua, pierde algo á los ojos del físico por saber éste que si la fuerza que reúne los elementos de que aquella se compone quedase súbitamente en libertad se produciría un relámpago? ¿Se puede pensar que lo que parece al espectador no iniciado un simple copo de nieve, no despierta ideas más elevadas en el que examina con auxilio del microscopio las formas maravillosamente variadas y tan elegantes de sus cristales? ¿Se puede creer que esa roca redondeada, surcada de estrías paralelas, evoca tanta poesía en el espíritu del ignorante como en el del geólogo, que sabe que un alud de hielo se deslizó por ella hace un millón de años? La verdad es que aquellos que nunca han penetrado en los dominios de la ciencia, son ciegos ante la gran poesía que les rodea. Quién en su juventud no ha coleccionado insectos ni plantas, ignora el interés que inspira un seto ó una pradera. Quién no ha desenterrado fósiles, no sabe cuantas ideas

poéticas evocan los lugares en que se hallan ocultos esos tesoros científicos. Quién no ha llevado en sus paseos por la orilla del mar un microscopio y un *acuario*, no conoce las delicias de las costas marítimas. ¡Es triste, en verdad, ver como los hombres se ocupan en trivialidades, y permanecen indiferentes ante los más admirables fenómenos, como se desdennan de conocer la arquitectura de los cielos, mientras pierden el tiempo en despreciables controversias acerca de las intrigas amorosas de María, reina de Escocia; como se aplican á criticar sábiamente una oda griega, y pasan sin notarlo ante ese gran poema épico escrito en las capas de la tierra!

Vemos, pues, que la cultura científica constituye una preparación necesaria en la última división de la actividad humana, lo mismo que en las anteriores; vemos que la estética general se funda forzosamente en leyes científicas, y que lo bello absoluto será inaccesible para nosotros si no conocemos estas leyes; vemos que para la crítica y apreciación exacta de las obras de arte, se necesita el conocimiento de la naturaleza de las cosas, en otros términos, se necesita del socorro de la ciencia; vemos, por último, que la ciencia es no sólo indispensable auxiliar del arte y de la poesía bajo todas sus formas, sino que también puede ser considerada, con sobrada razón, como eminentemente poética.

De la *Educación intelectual, moral y física*, página 64 al 79.

**Pellico**

## El Pecado es la Miseria

Con este título se ha estrenado en el Teatro Argentino de Buenos Aires, la noche del 22 de Marzo próximo pasado, un drama social en cuatro actos y en prosa, original de Martín Dedeu, hijo de Cataluña, actual presidente del *Centre Català* de esta capi-

tal, y dedicado al profesorado y al periodismo.

Creo no equivocarme si digo que no se trata de un compañero, en el sentido de militar en un partido ó escuela socialista determinada, á pesar de que no poseo datos



al respecto; á mi juicio el joven autor del drama es lo que puede llamarse un intelectual, que ha leído mucho de la sociología moderna, reconociendo la razón y la justicia de los ideales emancipadores, y con un ardimiento y valor encomiables se ha lanzado á defenderlos en la escena, fustigando terriblemente á la sociedad actual, por sus tremendas injusticias.

Las extensas relaciones del autor llenaron el teatro el día del estreno, formándose un público especial semiaburguesado, deseoso de conocer la obra nueva y aplaudirle. Y, en efecto, lo aplaudieron; pero no á la obra, que les sorprendió bastante desagradablemente; mas esos aplausos salvaron el drama, que fué repetido algunas veces más, obteniendo fácilmente el triunfo en la representación del domingo, día en que los trabajadores pudieron hacerse cargo de la producción, que les satisfizo completamente.

Como los dramas sociales, con vistas al porvenir, son rarísimos, creo se apreciará el acto como un acontecimiento, como lo he juzgado, y que los suscriptores de NATURA leerán con gusto la comunicación de esta novedad.

El argumento de *El pecado es la Miseria* es de una extremada sencillez.

Un agitador revolucionario, catalán, para salvarse de las iras gubernamentales, huye á Buenos Aires, con una hija suya de pocos años. A poco de su llegada á la República el propagandista Moisés, así se le llama, se enferma de viruela negra, siendo conducido al hospital, de donde salió ciego. En estas circunstancias, vióse obligado á pedir limosna para vivir padre é hija. Apenas la niña pudo resistir al trabajo, se entregó á él con todas sus fuerzas para ayudar á su amado padre. Pero ni este esfuerzo constante ni la caridad pudieron sacarles del estado de miseria en que vivían. Cuando la chica llegó á su pleno desarrollo, á los hermosos diecinueve años, dotada de belleza y de bondad, desesperada de no poder ofrecer á su padre mejores comodidades para pasar los últimos años de su azarosa existencia, y asediada por las artimañas de una habilidosa celestina, se entrega al capricho de un rico libertino, sacrificando su honra para que no tenga necesidad el autor de sus días

de pedir limosna para comer. El odioso perseguidor de honras no se contenta con saciar sus brutales apetitos con la hija; le estorba el padre, que distrae á la joven por el gran amor que ésta le profesa; y á efecto de quedar sola, á merced del vicioso potentado, hace aplicar éste la famosa ley de residencia al viejo Moisés, quien no puede resistir tanta infamia y desventura, y muere de un ataque cardíaco.

Tal es, en sustancia, el asunto de la obra, prescindiendo de detalles y de personajes secundarios. Pero los cuadros escénicos más son el medio artístico para exponer sus ideales, que la historia de una infeliz familia. No teniendo en cuenta su objetivo, quizás el drama adolezca de defectos, no sea de factura moderna, los caracteres ó algunos de ellos no estén bien perfilados; pero la forma es sacrificada al fondo: son pinceladas que hieren; son bocetos de halagadoras perspectivas; son rasgos que impresionan hondamente, según las telas van descorriéndose ante el público, ora para hacer odiar á la perversa sociedad, hipócrita y cruel, que es causa de tantos males y tantos sufrimientos; ora para infundir en el ánimo de los oprimidos, de las víctimas, de los mártires, un hermoso rayo de esperanza en el triunfo final de la emancipación humana.

Y como yo prefiero siempre la verdad del fondo á una aparente hermosa forma, puesto que al fin la verdad es belleza y es arte, no vacilo en recomendarla á mis amigos como obra de propaganda, mandando al efecto un ejemplar á la redacción de NATURA, para que sea debidamente estudiada y comprendida.

He aquí ahora algunos retazos de la obra, por los que se podrá apreciarla algo, como la certitud de los conceptos expresados.

El padre Inocencio, rarísima excepción, y por lo mismo no puede asumir la representación de la clase sacerdotal, tal como es, poderosa y opresora, lo que juzgo un error del autor, se compadece de Moisés y se propone auxiliarlo; al efecto, entabla con él conversación, y le dice:

—¡Pobrecito ciego! ¡cuánto debes sufrir! Moisés.—No sufro; tengo ira.

P. INOC.—Calla, pecador. La resignación



cristiana es una de las virtudes más hermosas.

MOISÉS.—La resignación es la virtud de las bestias de carga; es el obstáculo de todos los progresos sociales.

P. INOC.—Calla, calla, desgraciado... La ira lo ennegrece todo; la paciencia es luz inextinguible, faro que nos dirige al puerto de la felicidad humana... Alegra esta faz melancólica, porque has de saber que voy á llevarte al «Asilo del Salvador», donde encontrarás alimento para tu cuerpo, reposo para tu espíritu.

MOISÉS.—Te agradezco tu buen deseo; pero... no voy al Asilo.

P. INOC.—Tú estás loco; se te tiende la mano para levantarte, y la rehusas con imprudencia.

MOISÉS.—A la caridad ya le he cedido la vergüenza; no puedo, no, cederle mi libertad.

P. INOC.—¡Oh! te entiendo, viejo vagabundo... ¿Con que te avergüenza la limosna, y huyes del Asilo que la sociedad compadecida te ofrece?...

MOISÉS.—¡La sociedad compadecida! No hables de ella, clérigo ignorante. ¿Tú crees que la sociedad es compasiva, obligándome á optar, si no quiero morir de inanición y de frío, entre la miseria arrastrada por las calles y la miseria de iniciativas y de libertad de sus asilos? ¿Compasiva la sociedad, cuando se basa en el privilegio y en la injusticia y establece castas irritantes con derechos que varían según la posición de sus afiliados? ¿Compasiva la sociedad, cuando está organizada en beneficio de unos cuantos afortunados, que en el festín de la vida, pletóricos y ahitos, arrojan á los pobres las migajas, y acallan el hambre del desheredado con la bazofia que no comerían sus perros favoritos?

P. INOC.—Habla por tí la desesperación, que es mala consejera. Ofuscada tu inteligencia por la miseria y el dolor, achaca á la sociedad culpas que no tiene.

MOISÉS.—Oye, sacerdote. Todavía imberbe, en los claustros de la Universidad de Barcelona, condenaba ante mis com-

pañeros de estudio la organización de esta sociedad que tú defiendes. La ojeriza de no pocos profesores, partidarios de vetustas doctrinas, y más que nada la muerte de mi padre, que me dejó sin recursos, para proseguir mi carrera, me lanzaron al periódico, sin hacerme flaquear las persecuciones y la cárcel. Lleno de fe en mis ideales, organicé clubs, promoví huelgas, hice la guerra al capital; y acosado por éste, cruel en su victoria, para defender mi cabeza en peligro, crucé los mares, sin más compañía que una hijita de cuatro años, huérfana de madre; y aquí, casi sin tiempo de posar mi planta, vime sumido en un lecho de muerte en el hospital, donde, si salvé la vida, fué á cambio de mis ojos, y en donde no podía verme aquel angelito de mi corazón, que á gritos llamaba á su padre.

P. INOC.—¡Desventurado!

MOISÉS.—Ciego ya, privado de recrear mi vista en las hermosas facciones de mi Magda, en los ricitos de oro de sus cabellos y en la candorosa sonrisa de sus labios de grana, paría de la fortuna he recorrido las calles de esta ciudad inmensa, sin más guía que este cayado, en busca del centavo de la vergonzosa limosna, para satisfacer el hambre y para pagar la miserable covacha en la cual vivimos.

P. INOC.—¡Pobre Moisés!

MOISÉS.—Y tan sólo durante unas cuantas horas de eso que vosotros llamáis noche, noche eterna para mí, sentaba á Magda en mis rodillas, y con ternura infinita oía los balbuceos de su inteligencia precoz, y con el pecho henchido de cólera, las quejas de la inocente, zaherida de chicos y grandes, por ser hija de un pordiosero ciego y de un loco revolucionario. Y mi hija, mi pobre Magda, sin probar los dulces goces de los juegos infantiles, condenada muy pronto al duro trabajo de la costura, y á emplear su manecita en dirigir la aguja, y no en dar vueltas á las hojas de un libro que la instruyera. Así se han pasado muchos años; y hoy, viejo y achacoso, vivo del trabajo de Magda, que acorta su vida para alargar la mía



miserable. Esa, esa es la obra de la sociedad por tí alabada, por tí enaltecida.

P. INOC.—No seas injusto. La sociedad deplore estos males, y trata de remediarlos con el único medio á su alcance, con la caridad.

MOISÉS.—¡La caridad!... ¡si una de sus formas principales, la limosna, es un sarcasmo inaudito! ¿Quién es la sociedad para ofrecermelo lo que es mío? Me arroja de su seno, bajo el pretexto de que soy inútil y me condena á vivir de su munificencia y á estarle agradecido por su amparo. ¿Qué títulos son los suyos para disponer á su antojo de la riqueza, y distribuir los hombres en pobres y ricos, en potentados y miserables? ¿Qué fundamento de justicia hay en esta separación? ¿Valen más los hijos del capitalista, nacidos entre blondas, que los del jornalero, entre harapos? Y si nacen inermes del claustro materno, ¿por qué la sociedad permite que el placer y el lujo acompañen á uno, y el cortejo del otro sea el dolor, la ignominia y la miseria?

P. INOC.—Esas diferencias son hijas de nuestro desigual carácter y facultades. La naturaleza, en medio de su unidad, es varia. Pone el talento al lado de la ignorancia; junto á la iniciativa la dejadez, y con la actividad la pereza; y es claro, pues, que han de encontrarse jerarquías entre el poder y la riqueza.

MOISÉS.—¡Cómo! ¿De esto hacer argumento tú, el ministro de un Dios de justicia, ministro del Nazareno, que repetía «todos los hombres sois hermanos»? Calla, calla; y sabe que el talento es una cualidad relativa, y cada hombre, dentro de su esfera, dentro de su ocupación, puede ser un talento. De hombre á hombre va cero. En la colmena social no debe haber clases privilegiadas. El trabajo en común, y en común el goce de sus frutos; así lo demandan la equidad y la justicia.

P. INOC.—No, no y no. Esta igualdad es imposible... Sin el acicate de la compensación material, sin el estímulo de la mayor jerarquía, en una sociedad en la cual todo es de todos, nuestra actividad,

debilitándose gradualmente, acabaría por petrificarse.

MOISÉS.—Yerras, clérigo, porque la inteligencia y la voluntad hallan el estímulo en su propia naturaleza.

P. INOC.—¿Cuál es?

MOISÉS.—El afán constante de saber y de progresar.

P. INOC.—Y su satisfacción ¿dónde la hallan?

MOISÉS.—En el deber cumplido.

Con esta escena, que es algo más larga, termina el acto primero. El segundo da comienzo con un precioso monólogo de Magdalena, en el que se pinta su sacrificio y su carácter, del que extracto lo siguiente:

MAGDALENA.—¡Oh! sí, mi sacrificio se impone... No hay medio de salir de esta espantosa situación... ¡Pobre padre mío!... No, no; basta de dudas; seré una perdida, una infame, me revolcaré en el vicio, me echaré en los brazos de la impudencia... pero tú tendrás lo necesario... esto sería poco... lo superfluo... ¡Oh! no puedo más, me vuelvo loca. Yo siento algo que protesta aquí (*en el pecho*); algo que se subleva, y que á gritos me recuerda las ideas de virtud que me ha inculcado mi padre... ¡La virtud!... ¡si yo quiero ser virtuosa!... quiero hallar en el trabajo pan y techo para mi padre, librarlo del suplicio de la limosna, restaurar su salud con el descanso, curarle el corazón, su corazón tan grande que no le cabe en el pecho; pero no puedo... no puedo... ¡Si lo que saco del trabajo es irrisorio!... Es cosa resuelta... Bendeciré al hombre que me arrancará con la honra las ilusiones más santas de mi vida; y como el perro lameré la mano golpeadora, pero que es la misma que con el pan acalla el hambre. Sí, sí, todo esto haré y aún más si es necesario... ¿Que no seré virtuosa? ¿Que no seré honrada? ¡Vaya si lo seré! ¡Miente, miente y miente, quien diga lo contrario!

En este acto aparece Pascual, un obrero enamorado de Magdalena, que también tiene su historia triste, y se despidе de sus amigos para ir á Misiones, como dice Moisés, á la conquista del pan, que aquí no encuentra, y á quien aconseja de esta suerte el revolucionario:



—Vivir es luchar, y en la lucha social á que estamos abocados, tú, discípulo mío, has de ser valeroso. Allá, en las vírgenes tierras donde te lleva el trabajo fecundo, tienes una hermosa misión. Nuestras doctrinas, que no se abren camino sino en las grandes ciudades, puedes y debes enseñarlas á los infelices peones que en los yerbales sienten todavía crugir el látigo del capital infúco. Sí, Pascual, predica la buena nueva; no temas las persecuciones y aun puedes desafiarlas, que la reacción violenta produce partidarios y acrecienta simpatías...

Cuando Moisés y su hija quedan solos, por la noche, se entregan á la correspondencia. Dicta Moisés, y Magdalena escribe:

«Aquí, como en España, querido compañero, la organización política y social es detestable... Aunque las instituciones republicanas, basadas en la verdadera democracia, representan un gran paso en el camino del progreso y de la justicia, la corrupción de los hombres y las ambiciones de los partidos matan en flor, haciendo ilusorio el tal progreso. El gobierno no representa la voluntad nacional, sino la habilidad y amaños de un partido que hace más de un cuarto de siglo que domina; la libertad de sufragio es una indigna farsa; se falsifican los padrones; y el pueblo infeliz, la peonada de los campos, vota arreada por los estancieros; los comisarios son pretores desalmados. Arriba, el despotismo personal, la oligarquía, el nepotismo insolente. Abajo, una sociedad embrutecida, un pueblo sin ideales... En cuanto á la organización social, es la misma de todas partes: ricos y pobres; potentados y miserables; amos y criados; Cresos que insultan la pobreza; trabajadores anémicos y desvalidos... Las timbas, garitos, carreras y loterías ofreciendo con engañosa voz una fortuna rápida al desgraciado; esposas que venden su honor para dar pan á sus pequeñuelos; muchachas lanzadas á la vida...»

Las últimas palabras arrancan á Magdalena un grito doloroso, exclamando:

—¡Padre, padre mío!... Basta.

MOISÉS.—Magda, hija, ¿qué tienes?

MAGDA.—¡Nada!... No cuentes estos horrores.

MOISÉS.—Horrible sí, pero muy exacto.

MAGDA.—Dime, ¿no es cierto que estas jóvenes despreciables deberían ser azotadas públicamente?

MOISÉS.—¡No, no!

MAGDA.—¿Escupidas en pleno rostro?

MOISÉS.—¡No, no!

MAGDA.—¿Y servir de irrisión y escarnio de las gentes honradas?

MOISÉS.—¡Jamás! ¡El pecado es la miseria!

MAGDA.—Padre, padre del corazón; no sé lo que tengo; un nudo aprieta mi garganta y las ganas de llorar me ahogan.

Con la exposición de la actual situación argentina y la emocionante escena descrita finaliza el acto segundo; bello y sentido cuadro que deja impresión hondísima en el público.

En el tercer acto, desempeñan gran papel las hipocresías de Arturo, el comprador de la virtud de Magda, y las artimañas de la alcahueta doña Eustaquia, siendo notable una sesión de cartomancia. Magda empieza á creer en el falso amor de Arturo, mientras éste y su amigo Carlos preparan la expulsión de Moisés, cuya infamia ignora la joven.

En el cuarto acto, un mendigo, otra víctima, que va en busca de una hija arrebatada por la lujuria burguesa, revela algo de lo que ya se cuenta de Magda á Moisés, que confirma Pascual, añadiendo:

—Moisés, sabe, tú que eres su padre, que en aras de tu felicidad se ha sacrificado; que el error y no el vicio la ha vencido; que es otra víctima de la miseria; mártir y no criminal; desgraciada y no delincuente.

Moisés, recrudescida su afección cardíaca, no quiere morir sin ver, abrazar á Magda, sin decirle que él no quería su sacrificio, sin sacarla del lodo en que gime; y acompañado de Pascual se preparan á salir, cuando aparece la policía, entregando á Moisés esta nota:

«Ministerio del Interior.—El Poder Ejecutivo, en uso de las facultades que le acuerda la ley número 4144 del 22 de Noviembre de 1902, viene á decretar la expulsión del súbdito español Sr. Raimundo Rocamora (a) Moisés del territorio argentino, cuya salida del mismo hará efectiva el interesado en el plazo improrrogable de tres días.»



Comprende Moisés entonces toda su inmensa desventura y desfallece, exclamando:

—Esta sociedad, que tanto aborrezco, me ha vencido y me mata. Me ha robado la hija uno de sus miembros, orgullo de sus paseos y palacios... y la sociedad corrompida le presta la ley... y pone en sus manos la policía... para eliminar al padre... para suprimir los estorbos... ¡Ah! Quisiera tenerte aquí, sociedad, con todos tus privilegios... con todos tus egoísmos... con todas tus injusticias... personificada en un poderoso... para que recibieras el último salivazo de un moribundo!...

Y muere el comunista revolucionario, y acaba el drama, sin solución verdadera, como no la tiene el malestar social presente, que continúa y continuará hasta que los hombres sean hombres y recaben con más energía sus naturales derechos.

Digno de loa es, aparte de presentar un

cuadro realista de miseria y desolación, señalando con mano firme sus causas productoras, que no quieren contemplar los satisfechos del festín de la vida, la certera lanzada que el autor da á la ominosa ley de residencia, bárbara en sí, pero más cruel por lo que se presta al abuso, y á la venganza. Ella á facilitado á Martín Dedeu en su obra apartarse de los viejos medios para el anaquilamiento de un sér; no más puñal, veneno, suicidio: basta la ley de residencia, que no deja rastro criminal para ulteriores responsabilidades; es el resurgimiento de la cuadrilla del santo oficio que hacía desaparecer á cualquiera, sin reclamo ni posibilidad de detener el secuestro. ¡Y viva la República! ¡la garantía de los derechos humanos!... ¿Qué importan los nombres, si persisten los hechos?

Todo esto hace ver el drama social *El Pecado es la Misericordia*.

Buenos Aires, Abril de 1904.

## Recibido:

*El Colectivismo integral revolucionario*, por Ed. Boulard, traducción de D. Rodríguez Quintero, editor: Carbonell y Esteva, de Barcelona.—De la biblioteca «Avenir» de Barcelona, *Las Tenaças*, de Pablo Hervieu, traducción de Angel Saver.—De la biblioteca «Juventud Libertaria» de Barcelona, *Anarquía, su definición etimológica*, por A. Girard, traducción de J. Prat.—De la biblioteca «El Productor» de Barcelona, *Necesidad de la Asociación*, por José Prat.

*Revista Amarella*, mensual, científica, literaria é ilustrada, de Lisboa; *El Obrero*, de Montevideo; *El 1.º de Mayo*, de Bilbao.

De todas las obras que se reciban en la dirección de NATURA se hará la correspondiente crítica.

Di tutti i libri e opuscoli che saranno spediti alla direzione di NATURA se ne farà il giudizio critico.

La direction de NATURA fera la critique de toutes les œuvres qui lui seront envoyées.

NATURA will do a critical examination of all receipt books, pamphlets and reviews.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Cortes, 645 (chaflán Bruch).—BARCELONA